

Historia de la Universidad de Alcalá

Antonio Alvar Ezquerro
(Coordinador)



Universidad
de Alcalá

LA PROYECCIÓN SOBRE EL TERRITORIO
DE LA UNIVERSIDAD
FUNDADA POR CISNEROS.
PERSPECTIVA AMBIENTAL E HISTÓRICA

Antonio Gómez Sal
Universidad de Alcalá





Escudo del Cardenal Cisneros. Patio de Santo Tomás de Villanueva. Colegio Mayor de San Ildefonso. Universidad de Alcalá

1. Presentación

La fundación de la Universidad por parte de Cisneros encuentra a la ciudad de Alcalá de Henares en una tesitura de villa medieval, embarcada ya, no obstante, en el impulso de transformación económica y social, que a lo largo del siglo XV venían representando los nuevos tiempos renacentistas.

Sobre un paisaje agrícola con vocación de autoabastecimiento y gran peso de los terrenos comunales y concejiles, la nueva institución se planifica no sólo como un actor más que de forma progresiva pretendiese ir compartiendo recursos y territorio, sino como una empresa de largo alcance, que teniendo en cuenta la visión y los medios con los que contaba su fundador, adquiere casi de forma inmediata un dominio aplastante sobre el devenir ecológico y social del espacio físico y económico donde ejerce su influjo más directo.

En el contexto económico de la época, el ambicioso proyecto universitario requería, en primer lugar, ser sostenible en el sentido más auténtico del término, es decir, contar con el abastecimiento cercano y seguro de recursos para poder sustentar el gran aumento de población que se reclamaba para la ciudad.

Partiendo de estas consideraciones, el objetivo del presente trabajo es proponer una lectura en clave de historia ecológica sobre cómo la Universidad de Alcalá se proyecta sobre el territorio en el que se implanta, modula su paisaje y sus recursos, ya desde los primeros pasos de su fundación, hasta su traslado a Madrid. Parte de los temas tratados proceden de un trabajo anterior (Gómez Sal) en el que se analiza la relación de la población humana con los recursos naturales y el territorio, en el entorno geofísico que enmarca la actual ciudad de Alcalá, desde los primeros asentamientos, hasta los tiempos actuales.



2. Alcalá en el siglo XV. La villa medieval que acoge a la institución universitaria

2.1. Paisaje de huertas, pastizales y baldíos comunales

En la época en la que se funda la Universidad, las dos ferias anuales habían consolidado su importancia. Junto a la de agosto, que se venía celebrando desde 1184, se convocaba también la Pascua mayor, que duraba diez días. Todos los jueves tenía lugar, asimismo, un afamado mercado semanal en el arrabal de la villa. La importancia estratégica de Alcalá como mercado se justifica por su papel de puente, donde coincidían los productos procedentes de las tierras altas situadas al norte, con los de las llanuras, con temperaturas invernales más templadas, que desde la vega complutense del Henares se extienden hacia el mediodía. Animales fuertes para tiro, criados en los pastizales calcáreos de la Alcarria y altas parameras de Guadalajara, afamados por su envergadura y el buen desarrollo su osamenta, junto con los aperos y artesanías en madera procedentes de los macizos de Ayllón y Somosierra, concurrían en Alcalá con las piezas de alfarería, las manufacturas del esparto, el vino, el aceite y los cereales, productos de tierras más bajas y cálidas. Las dos importantes cañadas reales que transcurren cerca del término de Alcalá, así como los numerosos cordeles pecuarios que aún las conectan, canalizaban el acceso al ferial del contingente ganadero.

Enmarcando como telón de fondo a la recogida población medieval, el perfil de cerros y la vega del río conectaban con el burgo amurallado a través de un paisaje de huertas y dehesas comunales, principalmente contiguas a la ribera. Desde el poblado hacia el río se orientaban las tenerías, cuyos desechos eran entonces lo más contaminante. Las pesquerías, propiedad del concejo, estaban estrictamente reguladas y, al igual que otros bienes de propios, eran arrendadas para beneficio de la villa.

El curso ondulado del Henares se habilitó con la construcción de presas y caces que daban servicio a los molinos harineros. Dichas acequias delimitaban las características “islas”, extensos predios, rodeados por el río y los canales, que se van secuenciando a lo largo del curso fluvial, aprovechando su trazado sinuoso. En las parcelas cercanas a los caces, el regadío podía efectuarse con norias. Entre el río y la ciudad y a lo largo de la vega de la margen derecha, las huertas de propiedad particular formarían un paisaje más compartimentado, seguramente dividido por cercos o setos vegetales podados, y en algunos casos, menos frecuente por la humedad del suelo, muretes de tapial o adobe.

En torno al poblado, el paisaje agrícola se completaba con fincas de pequeño tamaño denominadas “arreñales”, donde se cultivaba el herrén (forraje de cereal segado en verde) o se dedicaban a huertos caseros, en este caso cercados, también llamados “corralinos” en poblaciones cercanas (Gómez Mendoza).

En el arrabal de la villa y posiblemente en otros predios a lo largo de la vega existían huertas con pozos, en las que se cultivaban frutales: perales, ciruelos, manzanos, melocotoneros. Según se indica en los *Annales Complutenses* (1632) la población mudéjar jugaba un papel destacado en el cuidado de las huertas, de forma que su expulsión, supuso una gran pérdida para la agricultura. Los autores de *Annales* señalan que se secaron muchos frutales. Los últimos moriscos, unos 1200, –afamados artesanos y labradores– abandonaron Alcalá en 1610, algunos formarían parte del contingente de neoconvertos granadinos instalados en la villa por Cisneros después de 1492, a los que dotó de tierras baldías para que las cultivasen (Gutiérrez Torrecilla).

La ubicación de los mudéjares en la franja norte de la ciudad (barrio de la Morería) se explica por las numerosas huertas que rodeaban la muralla por esta zona. Es área cercana a la fuente conocida como El Chorrillo, que recogía aguas del llano de El Ángel, próxima también al río Camarmilla y donde hubo huertas hasta muy avanzado el pasado siglo, cuando la zona fue



urbanizada. En esta periferia norte de la “cerca” o muralla, se situaban las huertas “grande y pequeña” de la Almanjarra, un topónimo seguramente aportado por los nuevos colonos moriscos (Román Pastor).

Por su movilidad, la ganadería era el mejor medio para aprovechar la importante extensión de baldíos –tierras no labradas, ni acotadas–. Los vecinos podían llevar los rebaños a cualquiera de los terrenos del “común general de la tierra”, diseminados por las 25 aldeas que constituían la comunidad de Alcalá (Sánchez Moltó y Fernández Peña). Para defender los derechos de los ganaderos llegó a constituirse una unión o “mesta” de Alcalá y su tierra, que fue aprobada por Cisneros. El concejo de Alcalá tenía también sus propios comunales, que junto con las dehesas –fincas “defensas”, acotadas, protegidas, dedicadas al ganado, pero distintas a la imagen común de gran extensión con encinas dispersas que ahora se ha popularizado–, incluía los “sotos” que proporcionan pasto, leña y caza. También tenían la categoría de bienes concejiles los abrevaderos, los molinos y las barcas para pasar el río (Sáenz y Castillo).

Podemos imaginar para dicha época unas riberas muy deforestadas, dedicadas a pastizales. Entre estos, a modo de manchas o bosquetes arbolados, en determinados enclaves de la ribera –quizá en las zonas con suelos más frescos y húmedos–, los mencionados sotos o “sotillos”, los cuales contenían ejemplares altos de álamo blanco y sauces, la vegetación natural dominante en la ribera, si bien como consecuencia del pastoreo y aclareo, con muy escaso matorral en su orla. Los árboles grandes eran importantes por su función de cobijo y sombreo para el ganado. En las dehesas cercanas a estos pastizales de ribera, se mantendrían también árboles “trasmochos”, sometidos a frecuente poda, con tronco ensanchado y añoso, aislados o formando grupos pequeños con un patrón más o menos disperso. Entre las especies usadas para este fin, además del apreciado fresno, que se plantaba con el propósito de aprovechar sus frondas para alimento para el ganado, se podaban también para hoja/forraje o ramas los sauces –sargas, salgueras– y el álamo negro, de hojas más verdes y blandas que las del blanco. Este tipo de paisaje prácticamente llega a mediados del pasado siglo y puede aún reconocerse en fotografías de la época y en algunos pueblos cercanos. Algunos sotos con álamo blanco (pobo, pobedas) han alcanzado de hecho nuestros días en el término de Alcalá, si bien, deteriorados por el descuido y las podas erráticas, debidas quizás a la falta de aprecio y conocimiento sobre el valor cultural histórico de estos singulares paisajes, y el importante papel que podrían jugar en una planificación culta e informada del patrimonio natural de la ciudad.

En Alcalá, los prados y dehesas aún ocupaban antes de la desamortización del siglo XIX 9.701 fanegas, el 7,3 % de la superficie catastrada (García Gutiérrez, 2002a).

2.2. Un ambiente de prosperidad y cambios

Con la consolidación de la ciudad en el llano y el abandono progresivo del asentamiento en la ladera de los cerros, se inicia un periodo de prosperidad para Alcalá ya desde el siglo XIII (Castillo Gómez).

De hecho, Alcalá la Vieja, tal como fue posteriormente conocido el baluarte de fundación árabe, aún se mantenía activo en la falda del *Ecce Homo*, muy visible desde Alcalá, a mediados del siglo XVI, tal como lo refleja el grabado de Van den Wyngaerde (1565). Tenía alcayde y población, aunque ya muy escasa en dicha época. Las cuestas de los cerros eran entonces zonas más vividas, transitadas por caminos de enlace con los pueblos altos de la Tierra de Alcalá o de acceso a fincas. También eran atravesados por cordeles y sendas pecuarias.

La nueva ubicación en el llano ganaba en comodidad y confianza, organizándose como un activo burgo comercial y artesano. Presentaba las ventajas de estar muy próximo a los recursos de la vega. Orientado al vado del río, pero lo suficientemente lejos de sus orillas como para evitar las riadas que, aunque ocasionales, poseían una notable capacidad destructiva. El mercado,



protegido por los reyes, fue esencial para la futura fisonomía urbana, como generador de un nuevo barrio comercial. Según Román Pastor, el área donde se construye la universidad estaría ya incluida dentro de la ampliación de la primitiva muralla, que tuvo lugar en la primera mitad del siglo XV. La “cerca” estaba rodeada por una cava o surco, donde se acumulaban las aguas sucias de los albañales que, por encontrarse en terreno llano, formaban abundantes charcas y barro en el interior de la villa. Cada cierto tiempo la cava era evacuada a través de la “sangrera”, cauce artificial que, desde la zona de la puerta del Vado, aflucía al río.

En el XV comienzan en el nuevo barrio del mercado las fundaciones de conventos extramuros de la primera muralla; el de franciscanos de San Diego (1449) y el de Santa María la Mayor. También, en el interior de la villa, hospitales como el que fundó D. Luis de Antezana en 1483. La ciudad había superado con alguna ventaja las crisis del siglo XIV, periodo en el que, seguramente estimuladas por las malas cosechas y las guerras, se sucedieron distintas epidemias, entre ellas la terrible peste negra.

No hay que olvidar el dinamismo que entonces tenían las tierras de Guadalajara bajo el mecenazgo de los Mendoza. Sigüenza contaba con universidad, Brihuega poseía feria de fama comparable a la complutense. Junto con las de Medina del Campo y Burgos eran las más importantes de Castilla. Según Gómez Mendoza (*op. cit.*) la gran feria que se celebraba a finales de agosto, alcanzó su apogeo en este periodo de la baja edad media. El prestigio de la ciudad provenía también de albergar la residencia temporal de los arzobispos de Toledo.

Podría decirse que la ciudad de Alcalá de Henares ejercía en la época una función articuladora entre dos territorios con gran protagonismo: Toledo y Guadalajara. En ambas zonas había ejercido y habitado el cardenal Cisneros a lo largo de su ya prolongada existencia. Alcalá ocupaba, de hecho, un lugar central en el espacio geográfico donde se desenvolvía Cisneros. El tercer vértice del hipotético triángulo cisneriano, con centro en Alcalá, sería la tierra Torrelaguna/Uceda. Tal vez estas meras razones topológicas influyeron también en la elección de la sede universitaria y en la solidez de su empresa.

3. La Universidad entre charcos y ferias. Reparos con la dureza del clima

3.1. El empeño de Cisneros con el lugar

Cisneros plantea crear una ciudad nueva, con un esquema urbano en el que todo se había calculado al detalle. El amplio trazado del complejo universitario, original e innovador para la época, requería conseguir gran cantidad de terreno. El proceso de compra y enajenaciones se realizó con rapidez desde 1498. Una ciudad apoyada en otra anterior, abrazando el antiguo dédalo medieval mediante calles (Santiago, Escritorios) más luminosas y despejadas.

Se plantea que la nueva fundación debería quedar unida al antiguo núcleo, precisamente en la zona donde se situaba el mercado y los conventos fundados hacía pocos años, entre ellos el de franciscanos, donde residía Cisneros. Esta decisión estratégica planteaba el problema de la ocupación de una zona encharcadiza.

Por su particular régimen hidrográfico, el Henares y sus afluentes, han tenido históricamente a su paso por Alcalá, una especial facilidad para formar humedales en las áreas de difícil drenaje, que eran frecuentes en el término. El arroyo de Villamalea, cuyo cauce coincidía con lo que ahora es la carretera de Meco, llegaba prácticamente a la zona donde termina la actual calle de los Libreros, en el área que ocupaban las eras de San Isidro. Por otra parte desde los campos de El Val las aguas han alcanzado, en riadas históricas, el espacio donde se sitúa la actual manzana universitaria, llegando hasta la plaza de San Diego. Seguramente la zona que hoy ocupa la Puerta de Mártires, hasta donde se llevaba entubada el agua de Villamalea –la conocida fuente



Los Cuatro Caños–, principal abastecedor de la ciudad en tiempos históricos, fuese en el siglo XV zona de inundaciones, por coincidir en ella los dos aportes mencionados, riados del Val y del Villamalea.

La formación de grandes charcos y lagunazos, por el desbordamiento del río, tenía su causa en las capas impermeables de arcilla, que aparecen intercaladas entre los sedimentos más sueltos. Por su relación con el cauce principal, la zona noreste de la villa podría acoger, por otra parte, antiguos meandros del río abandonados por las aguas corrientes, desdibujados y transformados después en pastizales o huertos, pero que con facilidad serían ocupados por lagunas temporales con ocasión de las crecidas. Las inundaciones en las áreas citadas (también en el barrio conocido como “de Venecia”) han venido ocurriendo hasta los años sesenta del pasado siglo.

Podemos deducir asimismo que la extensa zona inundable formaría en su sector más bajo, donde se encontraban las eras de afuera o de San Isidro, praderas juncuales aprovechables por la abundante ganadería que acudía a las ferias. Por estar cerca de la plaza del mercado –la actual de Cervantes– y por la relativa humedad de su suelo –en las proximidades del cauce que traía el agua de Villamalea en tiempos de lluvia, y del sobrante de la fuente/abrevadero del Caño Gordo– sería lugar adecuado de acampada para los hatos ganaderos mercadeables. Ello conduciría a un extenso pastizal bien majadeado y ralo que podría servir en verano como zona limpia de polvo, apta para la trilla. Precisamente es el lugar donde, en sus últimos tiempos, se ubicaba la importante feria de finales de agosto que, aún en los sesenta del pasado siglo, mantenía un activo comercio de ganado mular.

La función de la cava que rodeaba la villa, un surco seguramente poco profundo para su función de canalizar aguas sucias, no era suficiente para mantenerla a salvo de las inundaciones. De hecho, el área inundable situada al norte enlazaba también los desbordes mencionados con los de la Almanjarra, hasta la solana de los moriscos (posteriormente llamada plaza de la Cruz Verde) y la puerta de Burgos. Cuando llovía se formaban allí grandes lagunas. Para remediarlo se empedró, en 1584, la parte delantera de los palacios arzobispaes y lo que limita con la Almanjarra (Román Pastor, *op. cit.*).

A juzgar por algunos comentarios de la época, tanto la ubicación en Alcalá de la Universidad como el emplazamiento elegido, fueron vistas como un empeño muy personal de Cisneros. Gutiérrez Torrecilla señala que “la villa estaba muy mal equipada para albergar a una universidad importante, tenía amplios terrenos pantanosos y era conocida por las continuas inundaciones y su escasa salubridad”.

De hecho, Antonio de Nebrija, según el anterior autor, una vez llegado a Alcalá al ser requerido por Cisneros, esgrimía “la dureza del clima”, entre otras razones –como el inevitable enfrentamiento de los arzobispos con las autoridades académicas y la oposición de la Universidad de Salamanca (Gutiérrez Torrecilla)–, para que la nueva universidad no se fundase en Alcalá. El comentario sobre el clima parece exagerado si se tiene en cuenta la comparación con Salamanca, de cuya Universidad procedía Nebrija y en la que estaba colaborando. Seguramente, el insigne gramático no se quejaba tanto de la temperatura invernal, sino de la muy distinta ubicación de ambas ciudades con relación al río; Salamanca en una ventilada elevación sobre el Tormes, mientras que Alcalá no se separaba suficientemente de la vega del río y debía soportar, en invierno y primavera, la formación de cenagales, reputados entonces como áreas insalubres.

Por otra parte, los reparos de Nebrija respecto al clima de Alcalá, pueden disculparse si consideramos que su localidad natal (Lebrija, en la provincia de Sevilla), está situada prácticamente a nivel del mar, muy cerca del Guadalquivir, disfrutando de un clima extremadamente benigno, sin rastro de heladas, con el favor regulador y atemperante del Atlántico durante todo el año. Seguramente, de no haber pesado lo suficiente las razones de centralidad de



Alcalá y la férrea decisión de Cisneros, Nebrija hubiese propuesto que la nueva universidad se construyese en su pueblo.

3.2. Cisneros planta encinas en los cerros

El entusiasmo de Cisneros por la ciudad no se limitaba a fundar la Universidad en el distrito elegido, sino que también plantea acciones más generales de mejora en el paisaje circundante, entre otras la reforestación de los desgastados cerros de la margen izquierda, dirigidas a asegurar en épocas venideras el abastecimiento de recursos para la Universidad y la ciudad que la acoge. Según Gómez de Castro, biógrafo de Cisneros (Meseguer Fernández), “el cardenal mandó plantar un encinar y otros tipos de árboles en los montes que se yerguen a mediodía de la población. El objeto fue el suministro de leña a la villa y de alimento para el ganado, dos cosas de las que Alcalá tenía mucha falta, así como la idea de amortiguar los vientos”.

Probablemente influyó en ello la patente erosión que ya entonces debía resultar muy llamativa, estimulada por el largo periodo durante el que estuvo habitada la fortaleza morisca de Alcalá la Vieja, donde aún persistía alguna población. Señala el biógrafo que la plantación pereció más por desidia que por otras causas.

Por encontrarse las antiguas tenerías de la villa demasiado cerca del nuevo recinto universitario –en lo que ahora es la puerta de Aguadores–, Cisneros decidió trasladarlas a otro lugar, junto a la “sangrera” (Meseguer Fernández). Hacia esta zona existían también varios tejares y se ubicaba la “laguna de las adoberas”, donde se fabricaban adobes para la construcción.

El Cardenal está pendiente de detalles importantes para asegurar la viabilidad de la empresa universitaria, fundó un “pósito” (almacén de grano) para evitar la especulación y la carestía en épocas de hambre. Lo dotó con 10.000 fanegas de trigo (una fanega equivale a 55,5 l.) que regaló a la villa, con el encargo de que se repartiese a los vecinos a precios justos cuando hubiese necesidad (Gutiérrez Torrecilla). Como señor de la ciudad, Cisneros cede a la Universidad una considerable extensión de terrenos de cultivo en Alcalá y en otras muchas zonas, algunas bastante alejadas. Seguramente estos terrenos procedían de los extensos bienes de propios del concejo.

Para completar la imagen de la proyección del modelo cisneriano de universidad sobre un extenso territorio en torno a la ciudad complutense, debemos recordar que la Universidad consistía en un Colegio Mayor y otros menores, pero a ellos se fueron añadiendo posteriormente bastantes más, promovidos por la nobleza y el clero. Las órdenes religiosas fundaron conventos-colegios y también lo hicieron algunas ciudades, eclesiásticos o caballeros. En total se contabilizan para la época más de 40 edificios vinculados a la Universidad, todos ellos necesitados de provisión segura y cercana de víveres para alimentar con garantía a la crecida población religiosa y universitaria.

4. Hacia la autosuficiencia financiera y alimentaria. El Colegio como gran empresa agrícola

4.1. Despensa universitaria

En la práctica, la Universidad actuaba como una gran corporación propietaria de fincas distribuidas por un amplio territorio. Existen referencias de rentas que recibe el Colegio Mayor procedentes de 56 lugares, 22 en la Tierra de Alcalá, 18 en la de Uceda, 13 de Talamanca y 3 de Toledo. El resultado es un ingreso perpetuo de beneficios que garantizaban no solo el abastecimiento, sino la viabilidad económica del proyecto universitario. El “Colegio” por excelencia, San Ildefonso, tuvo a partir de entonces sus terrenos y fincas, así como su propio molino hari-



nero, llamado “del Borgoñón” (el situado en Alcalá, junto a la isla –espacio comprendido entre el cauce del río y el caz del molino– conocida como “del Colegio”) y otro de aceite en Tomelloso (Guadalajara). Ambos fueron cedidos por Cisneros.

La conexión del Colegio con el río y su molino, era directa, muy cercana; podemos imaginarnos el trasiego de estudiantes hacia el río desde los edificios universitarios apenas distantes medio kilómetro del caz, a través de fincas de labor y huertas. El paseo por la ribera debió ser recurso frecuente de expansión para los estudiantes y académicos. Esteban recoge un emotivo párrafo de Pedro de Medina, autor del siglo XVI, en su libro *Las grandezas de España*:

El río Henares pasa muy cerca de esta villa, en distancia tan conveniente que ni sus avenidas ni su lejura cansa a los que a él van. El río muy apacible y deleitoso de ver. Lleva agua todo el año en buena cantidad; sus riberas son adornadas de árboles, especialmente sauces muy altos y muy puestos en orden, que ponen a los estudiantes mucho contento y recreación

y Mateo Alemán, amigo de Cervantes, refiriéndose a Alcalá dice ... “bien creo que allí me quedara, gozando de aquella fresquísima ribera, de su mucha y buena provisión, de tantos agudísimos ingenios y otros tantos entretenimientos”.

Según el citado autor (Esteban) es de destacar que Cervantes al referirse al Henares habla siempre de “nuestro Henares”. Seguramente para subrayar su afecto por el entorno que le vio nacer.

Seguramente los originales topónimos referidos a “el Colegio” son exclusivos de Alcalá y su comarca. Los encontramos tanto en el término de Alcalá, la “isla” antes referida, como en pueblos cercanos, por ejemplo la extensa hacienda llamada “El Colegio”, cercana a Camarma. Nos informan sobre la antigua pertenencia a la Universidad de los predios que hoy en día ostentan este curioso distintivo.

4.2. Consolidación de un sistema de grandes fincas

En el siglo XVI, se produce una expansión fuerte de la agricultura y tiene lugar la lucha por la tierra. Aumentan la siembra de cereales y la plantación de viñedos. Por su rentabilidad y facilidad de venta al estar su cultivo prohibido en América, el viñedo llega a ocupar incluso los baldíos más pobres, algunos de ellos propiedad del concejo. También se cultivaba en las fincas de la Universidad.

Durante esta época tiene lugar también la plantación de alamedas y frutales en la vega y de olivos en las cuestas, según lo confirman topónimos como huerta de caño gordo, casas del olivar (Gómez Mendoza), etc.

Otras instituciones asociadas a la Universidad consiguen también abastecerse a partir de fincas situadas en lugares cercanos. Un buen ejemplo es La Esgaravita que pasó a manos de la Compañía de Jesús (Jiménez de Gregorio) después de ser expropiada al municipio por la realeza, constituyendo desde entonces la principal despensa del Colegio Máximo, como se conocía a la institución de la Compañía. A diferencia de otras fincas concejiles que fueron recuperadas, generalmente baldíos pobres, La Esgaravita era una finca de muy buenas condiciones agronómicas, situada en la vega y terraza baja del río.

4.3. Carnero viejo para los estudiantes

En San Ildefonso la despensa para los estudiantes incluía pan, carnero y tocino. Parece que los borregos o corderos viejos constituían el elemento esencial de la alimentación cárnica en Alcalá en siglo XVIII. Todos los colegios tenían su cabaña formada casi exclusivamente por carneros, en general del orden de varios cientos. Aunque también poseían cabras, estas se cria-



ban casi en exclusiva para leche. San Ildefonso contaba con 500 carneros y el convento de Franciscanos con 460. La ciudad poseía 1250 para su abasto, mientras que la Compañía criaba en su finca de La Esgaravita cercana al río 2290 cabezas de lanar, cifra que representaba más de un cuarto del total del municipio (Gómez Mendoza). El carnero era valorado en función de la lana y la carne, si bien ésta con poca exigencia de calidad. Precisamente porque la lana era entonces un producto muy rentable, se preferían animales grandes con el mayor desarrollo posible de pliegues de su piel, para aumentar la superficie productora en relación con el volumen del animal. También se valoraba la capacidad para producir estiércol, procesar la producción vegetal y convertirla en el abono imprescindible para la mantener la fertilidad de las tierras de labor y las huertas, lo que dependía de la edad y experiencia en pastoreo de los animales. El carnero viejo, seguramente de tipo entrefino –cuya lana podría haber sido mejorada en alguna de las cabañas, mediante cruce con los merinos trashumantes que pasaban cerca de la ciudad–, se consumía cuando su producción de lana y estiércol había sido ya suficientemente amortizada.

En tiempos de Cisneros la puerta de La Morería pasó a llamarse del Rastro nueva. Es posible que allí se instalase el “rastro” o matadero. Allí llegaba la calle de Carnicerías Viejas (hoy de Cervantes). Calles céntricas llevaban asimismo nombres relacionados con la industria textil y de la lana (Valdresería, Manteros, Corral de la lana; se menciona también la tarea çurrador), lo que nos indica que ésta era ocupación significativa en la villa, con varios trabajos que dependían de ella, y justifica el escueto y solidario menú cárnico de los universitarios.

La actividad pecuaria era uno de los motivos de conflicto entre la Universidad y la ciudad. De la dehesa del Borgoñón (donde se ubicaba el molino harinero propiedad de la Universidad) habían desaparecido 10 carneros, el concejo de la villa decide entonces desterrar al rector y varios colegiales (Gutiérrez Torrecilla). Parece que en los colegios el ganado porcino era atendido por porquerizos pagados por iguala, seguramente también era alimentado con la producción de las fincas universitarias y quizás también en montanera según épocas.

Cuando se arrendó la propiedad de los jesuitas debido a su expulsión en 1767, poseían 42 fanegas de huerta de frutales y algo de verdura. Estos árboles eran: 1404 perales, manzanos, guindos, cerezos, membrilleros, ciruelos y olivos. Además 15.550 álamos negros (valorados en 111.240 reales) y 4.725 álamos blancos (270.584 reales). La finca de La Esgaravita tenía casa, palomar y molino con su presa, con capacidad para 330 fanegas de trigo. También era de los jesuitas el molino y la presa de Los Santos. Eran propietarios asimismo de numerosos majuelos (viñedos de reducida extensión) y otros viñedos. En total 81.620 cepas en el término de Alcalá. Todas estas tierras fueron arrendadas.

En esta época, una característica del campo alcalaíno era su excesiva especialización en el cultivo de cereal –trigo y cebada– como producto de mercado para abastecimiento de las ciudades, lo que hacía al campesinado muy vulnerable a las fluctuaciones del clima. Cosechas catastróficas como las de 1710, 1719, 1737, supusieron graves crisis de subsistencia en las que el hambre se instauraba, la población se convertía en presa fácil de epidemias y se desmoronaba el frágil equilibrio campesino (Gómez Mendoza). En 1830 el viñedo se había reducido a 340 ha, desde las 1029 ha que se reflejan en el catastro de Ensenada.

El cereal se cultivaba en las fincas universitarias alternando con el sistema de barbecho semillado de leguminosas, siendo estas garbanzos o almortas. En el secano se cultivaban además, las legumbres anuales con semillas forrajeras conocidas como algarrobas (*Vicia articulata*) y los yeros (*Vicia ervilia*). Otra posibilidad era el barbecho limpio, dejando descansar la tierra tras el cultivo de trigo y cebada. En la huerta se cultivaban también las habas (*Vicia faba*) conocidas también como “habas caballares”, y las “habichuelas” (*Vigna sp.*), conocidas hoy como “porotos” o “judía carilla”, como alimentos con semillas almacenables. Seguramente llegarían a Alcalá para la alimentación de la población universitaria las castañas secas (pilongas) como



complemento invernal de carbohidratos, en un tiempo en el que las patatas, las alubias –incluye esta denominación todas las legumbres que hoy conocemos como “judías” (*Phaseolus sp.*) procedentes de América–, y el maíz, aún estaban en fase inicial de ensayo y aclimatación.

Otra actividad que tuvo importancia en Alcalá fue la de los tintoreros, situados en la Morería, en la zona que fue puerta de los judíos, cerca de donde se halla la actual calle del Tinte. Cuando el viajero Jerónimo Münzer llega en 1494 a la ciudad le llama la atención el “campo fecundo y llano lleno de guada, que es una hierba de tintoreros” (Román Pastor). Sin duda se refería a la “gualda” (*Reseda luteola*), considerada como hierba “de tinte mayor o bueno”. También se cultivaría el zumaque (*Rhus coriaria*), abundante aún hoy asilvestrada en pueblos de la zona. De origen asiático se emplea desde la antigüedad en los países mediterráneos para el curtido de cuero, debido a su alto contenido en tanino, y como un tinte negro, excelente para la lana.

4.4. La captación del agua

El abastecimiento de agua para los conventos y grandes edificios, como el Palacio Arzobispal o San Ildefonso, se realizaba por un sistema de minas o conducciones subterráneas, con bovedillas de suficiente altura como para ser recorridas. Se trata de los “viajes” de agua, término que procede del latín *via aquae*. Recoge el agua que se filtra en los terrenos constituidos por las terrazas aluviales superiores y la conducen hasta los mencionados edificios. Desde la zona de captación, el agua se canaliza entubada hacia los edificios situados en la ciudad. Este sistema de captación de las aguas subterráneas, con el nombre universal de *Qanat o Khanats*, es de origen oriental, siendo conocido en Persia-Armenia desde el siglo VII a. de C. (Guerra Chavarino). Posiblemente la técnica fue introducida en la península por los árabes, si bien los que aún existen en Alcalá parecen ser contemporáneos a los edificios del arzobispado, religiosos y universitarios. Existe documentación sobre la construcción en 1722 de un “viaje de agua”, el procedente del Alcor de Miraflores, sector de la línea de terrazas donde se sitúa la “finca del Carmen” que actualmente forma parte del Campus universitario. Desde allí el “viaje” (*via aquae*) se dirige hasta el Convento de Carmelitas Descalzas, las conocidas como “de afuera”. Otros viajes documentados (García Gutiérrez, 2002a) son los que, procedentes del alcor del Ángel, llegan al Convento de San Diego, Colegio del Rey y Gilitos (finca del Ángel), o bien originándose en las terrazas del Chorrillo llegaban, desde mediados del siglo XV, al palacio arzobispal, Bernardas y San Felipe. La finca municipal de El Sueño (humedal de El Sueño), cerca del límite con Camarma, abastecía mediante este sistema en parte a las instalaciones militares existentes en la actualidad en la carretera de Meco.

5. Declive de la empresa universitaria. Desamortizaciones y grandes cambios

En el siglo XVIII, el Colegio y los Conventos eran aún propietarios de una importante extensión de terreno. San Ildefonso poseía en pueblos próximos fincas de renta procedentes de las cedidas por Cisneros: 530 fanegas en Ajalvir, 181 fanegas en Daganzo y 1321 fanegas en Camarma del Caño, en la finca que aún hoy lleva el nombre de la antigua institución universitaria.

En el inicio del XIX, la propiedad de la tierra se hallaba en manos de órdenes religiosas, el clero secular (Iglesia Magistral) y la Universidad. A ello hay que añadir los comunales del Ayuntamiento, controlado por la oligarquía urbana y las grandes fincas pertenecientes a parti-

culares (Lledó Collada). Las desamortizaciones del siglo XIX suponen la venta de estos bienes y su paso a particulares.

Es época en la que se dismantelan las estructuras del antiguo régimen. En 1836, cuando se trasladó a Madrid la Universidad de Alcalá, también tuvo lugar la supresión a escala nacional del Honrado Concejo de la Mesta. La llamada desamortización civil, de 1855, es la que involucra a los antiguos bienes de la Universidad. Como muestra de su importancia sirve el dato aportado por Gómez Mendoza de que de las 4.851 ha que se ven afectadas en toda la provincia de Madrid, el 51 % (2.473) corresponden al término de Alcalá.

Según indica García Gutiérrez (2002a), la desamortización sirvió a la larga para ampliar el espacio roturado, aunque muchas veces con terrenos inadecuados y eso hizo que junto al arcaísmo de los métodos se agotara pronto la fertilidad de la tierra. Se redujeron los terrenos de pastos, olivares y viñedos para ampliar los cultivos disminuyendo la diversidad de usos. Por otra parte, en la compra de tierras se absorbieron muchos capitales que hubieran podido destinarse a la industrialización; asimismo se agravó o se creó la cuestión social, porque los campesinos que cultivaban las tierras no pudieron acceder a su compra por falta de recursos.

De hecho, la desamortización perjudicó a la mayoría de los braceros que antes mantenían algún rebaño en los terrenos de propios del municipio y se dedicaban a recoger leña cuando no había trabajo. Quedaron para trabajo complementario de las faenas agrícolas, empleándose como peones en la construcción, haciendo acarreos, llevando estiércol a los terrenos, o trabajando el esparto. El traslado de la Universidad provoca empobrecimiento. La ruina no sería solo de la Universidad, sino de toda la comarca, “pues faltando estudiantes faltan a los colegios y conventos, personas que consumen los frutos, con que las rentas de la universidad han de menguar en la mayor parte, y ellas por el suelo, las comarcas de estos lugares quedarán desiertas, y sus labradores destruidos, a quien tanto importa conservar en los reynos”, según comenta que recoge Gutiérrez Torrecilla y que expresa una muy anterior alarma de la ciudad de Alcalá frente a la instalación en Madrid de los Reales Estudios, lo que ya se veía como una amenaza para el futuro de la institución complutense.

El canal del Henares, llega tarde e incompleto a la comarca, con un retraso de más de un siglo respecto a las actuaciones comparables que se emprenden a finales del XVIII (García Gutiérrez, 2002b). La inexistencia de regadío es una de las causas por las que la ribera del Henares no llega a cumplir en época contemporánea la importante función de suministro al gran mercado madrileño. A ello se añade la herencia de la desamortización en Alcalá (de la Universidad y de los conventos). El resultado fue un sistema de grandes fincas pertenecientes a propietarios que en general estaban poco interesados en una modernización competitiva de la agricultura.

6. Perspectiva

Desde su fundación, la Universidad de Alcalá y las instituciones relacionadas con ella se establecen en el territorio ocupando un amplio espacio económico y geográfico. Con objeto de asegurar el autoabastecimiento de víveres básicos (cereales, garbanzos, almortas), junto a la ración esencial de carne, vino y productos de temporada (frutas, hortalizas) para sus profesores y estudiantes, la empresa agrícola universitaria se dota de un extraordinario sistema de fincas que va más allá del territorio que ocupaban los pueblos de la Comunidad de Alcalá y su tierra. Es plausible pensar que entre la dote de heredades que Cisneros otorga a la Universidad, se incluían tanto fincas pertenecientes al Arzobispado como otras propiedad de los concejos –bienes de propios– sobre los que el arzobispo ejercía como señor. Con posterioridad, los nuevos conventos y colegios van consiguiendo, asimismo, fincas para su abasto. El caso de La



Esgaravita, inicialmente del concejo de Alcalá, que pasa a manos de la Compañía después de ser expropiada por el rey y no poder ser recuperada por el municipio, es un ejemplo claro.

El entramado de terrenos universitarios se asentaba, por razones prácticas, especialmente en las vegas fértiles más cercanas a la ciudad, ocupando extensos predios que aún hoy en día configuran una original secuencia de “islas” y fincas regables a ambas orillas del Henares. Podemos decir por tanto que la estructura de gran propiedad cercana al río y que tras la desamortización pasa a manos privadas, es herencia del pasado universitario de la ciudad, motivada por la gran demanda de fincas extensas fértiles y cercanas por parte de las distintas instituciones universitarias.

Desde la perspectiva ambiental que tratamos, interesan muy especialmente los indicios que nos han llegado sobre el interés por parte del Cardenal por restaurar el monte encinar en los cerros próximos, su idea previsoría respecto a la creación de un pósito de cereales para la ciudad o la aprobación de una “mesta” para la defensa de los ganaderos de la Tierra de Alcalá. Asimismo, la motivación del fundador por poner a producir los baldíos de la villa –seguramente parte de los comunales del concejo– e intentar la conservación de un paisaje agrícola de huertas y frutales, diversificado, evitando el monocultivo, al instalar en ellos con buen criterio, a partir de 1492, un contingente de moriscos neoconvertos granadinos.

Este conjunto de datos muestran como la universidad del siglo XVI, una institución tan diferente a la actual, se interesaba y participaba en el devenir ecológico y social de su territorio de influencia.

En la actualidad, la ciudad de Alcalá se enfrenta al desafío de articular un proyecto de planificación urbana exigente, que haga posible aplicar a la periferia la calidad que se va logrando para su centro histórico.

Las riberas, los parques periurbanos, el talud que forma la cadena de cerros y las llanuras protegidas por la rareza su fauna esteparia, deberán constituir, debidamente conectados, una red de conservación básica que salvaguarde la calidad del territorio y evite su colapso por infraestructuras. En realidad todo el estratégico y escénico balcón geológico que enmarca la margen izquierda del río, entre los llanos de la Alcarria de Alcalá y el cauce fluvial, y desde esta ciudad hasta más allá de Guadalajara en conjunto, la principal reserva de naturaleza y paisaje en este tensionado territorio, debería ser objeto de una cuidadosa normativa de protección. De hecho, históricamente, la ciudad de Alcalá ha evitado construir en la margen izquierda del Henares, tal vez por la presunción intuitiva de que estos terrenos representaban una garantía de calidad ambiental para la ciudad, la salvaguarda de procesos ecológicos y servicios de los ecosistemas para el bienestar de la población.

El campus universitario en la periferia de la ciudad se ordena con un proyecto de urbanización exigente y cuidadosa de los aspectos ambientales, que incluye un extenso Jardín Botánico. Junto con la consolidación de los jardines históricos de los edificios universitarios, el Campus, es uno de los principales activos ambientales de la ciudad, con importancia estratégica creciente para el territorio del Henares. La nueva Universidad, a través de sus infraestructuras, su implantación física en las terrazas del Henares, y de sus actuaciones a favor de la calidad ambiental, sigue jugando un papel relevante en la dinámica socio-ecológica del territorio donde se proyecta.



Bibliografía

- Annales Complutenses* (1632), varios autores, ed. C. Sáez, Anales Complutenses, Alcalá de Henares, 1990.
- CASTILLO GÓMEZ, A., *Alcalá de Henares en la Edad media: territorio, sociedad y administración 1118-1515*, Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 1989.
- ESTEBAN, J., *Viaje literario a través del Henares*, ed. Mingasada, 2001.
- GARCÍA GUTIÉRREZ, F. J., "La desamortización", en *Ciclo de Conferencias 2002*, Instituto de Estudios Complutense, 2002a, pp. 39-60.
- *Historia de Meco*, Ayuntamiento de Meco, 2002b.
- GÓMEZ MENDOZA, J., *Agricultura y expansión urbana*, Alianza Editorial, Madrid, 1977.
- GÓMEZ SAL, A., "Apuntes para una historia ecológica de Alcalá de Henares y su Universidad", en *Anales Complutenses*, 27, 2005, pp. 25-68.
- GUERRA CHAVARINO, E., "Los viajes de agua de Madrid", en *Anales del Instituto de Estudios madrileños*, 2006, pp. 419-465.
- GUTIÉRREZ TORRECILLA, L. M., "La Universidad de Alcalá: Apuntes para una historia", en *La Universidad de Alcalá*, t. II, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid (ed.), Madrid, 1990, pp. 9-89.
- JIMÉNEZ DE GREGORIO, F., "Apunte geográfico-económico de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el año 1752", en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 30, 1991, pp. 211-232.
- LLEDÓ COLLADA, P., "Agricultura, ganadería y condición social del campesinado en Alcalá de Henares en la segunda mitad del siglo XIX", en *II Encuentro de Historiadores del valle Henares*, 1992, pp. 509-518.
- MESEGUER FERNÁNDEZ, J., *El Cardenal Cisneros y su villa de Alcalá de Henares*, Instituto de Estudios Complutenses, Alcalá de Henares, Madrid, 1982.
- ROMÁN PASTOR, C., "Alcalá de Henares medieval. Aspectos de su geografía urbana", en *Estudios Geográficos*, 65, 2004, pp. 497-539.
- SAENZ, C. y CASTILLO, A., "Bienes comunales del concejo de Alcalá de Henares (1476-1481). Explotación y aspectos socioeconómicos", en *Anuario de Estudios Medievales*, 1989, pp. 534-557.
- SÁNCHEZ MOLTÓ, M. V. y FERNÁNDEZ PEÑA, M. R., *Villalbilla y Los Hueros. Historia de dos villas castellanas*, Ayuntamiento de Villalbilla, 2003.

